LA NOVELA PIC

1
232193



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Prisionera de guerra

Valentín de la Villa

25 cts

ZONGORRI

1

232193

47 / 148520

Año IV. Núm. 159

La Novela Picaresca

Esta publicación, como sus iguales en el extranjero, viene a dar todas las semanas el aspecto alegre y sano de la vida en tono regocijado y desenvuelto, pero dentro del más depurado estilo literario.

PRISIONERA DE GUERRA

por

VALENTIN DE LA VILLA

*

ADMINISTRACIÓN:
CALLE DE ALCALÁ, 177
MADRID

En el próximo número

LA AVENTURA
DEL CABALLERO RIJOSO

por

JUAN DEL TURIA

La Novela Exquisita

publica esta semana una novela
-: del mayor interés, titulada :-

Una niña desaparecida

POR

EDUARDO CORBIN

ILUSTRACIONES DE RIBAS

R. 3207074

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL



Es una historia ocurrida al comienzo de la guerra europea, que, por la psicología femenina que enseña, pasó en seguida las fronteras y llegó hasta nosotros con todo lujo de detalles. Es una historia que alguno de nuestros lectores conocerá ya, pero que no por eso dejaremos de contarles, pues seguros estamos de que, aun los que la conozcan, nos agradecerán que se la recordemos.

Es una historia moral, de una moralidad máxima y de una enseñanza incomparable. Cien libros de filosofía no valen lo que ella.

¿En qué consiste la delicadeza de la mujer?—se pregunta el que conoce esta historia—. ¿En qué consiste el amor femenino? ¿Adónde conduce su espiritualidad? ¿Dónde puede localizarse en la mujer su facultad amatoria?

Ya hace muchos años que, cuando se habla de amor, la gente sabe que no tiene por qué nombrar

al corazón. Está bien que en el teatro, cuando los cómicos digan que están enamorados, se lleven la mano al pecho para indicar que la cosa es de veras; está bien que los poetas digan que sienten el corazón cautivado y loco como una cabra cuando les gusta una dama; está bien que mi mecanógrafa, cuando habla con su novio a la puerta de su casa y a esa hora en que pueden verles de los balcones, le diga: "¡Tú eres mi corazón!", porque a la hora en que no pasa nadie por la calle, probablemente le dirá otra cosa. Ya hace muchos años que la gente sabe que el corazón no es más que un músculo hueco, sin más misión en el organismo ni más facultad que convertir la sangre venosa en arterial.

Y la gente que lo sabe desde hace años, se pregunta: ¿Dónde reside, pues, la facultad de amar? ¿En qué parte del cuerpo la situaremos?

Los frenólogos han dividido a su gusto la masa encefálica y han localizado las potencias y los sentimientos. Pero nosotros, que afortunadamente es en las personas vivas donde estudiamos la mucha ciencia que poseemos, declaramos que la facultad de amar reside, en los hombres, en el cerebelo, y en las mujeres..., según.

Pido a mis lectores que recuerden la preguntita que voy a hacerles y que se la contesten después de haber leído esta historia. La protagonista de esta anécdota, ¿con qué parte de su cuerpo amaba? ¿Con su corazón, con su cerebelo o con su... otra cosa? Y si a la protagonista no hay que considerarla una excepción entre el género femenino, ¿en qué parte del cuerpo de la mujer situaríamos su facultad de amar?

Ya hemos dicho que aunque sólo fuera por la interesante psicología femenina que enseña, sería conveniente publicar esta historia ocurrida al comienzo de la gran guerra.

Y también sería conveniente que viviera Campoamor, el más ridículo versificador del pasado siglo, para que, luego de leída la historia, hiciese a la protagonista una dolora.

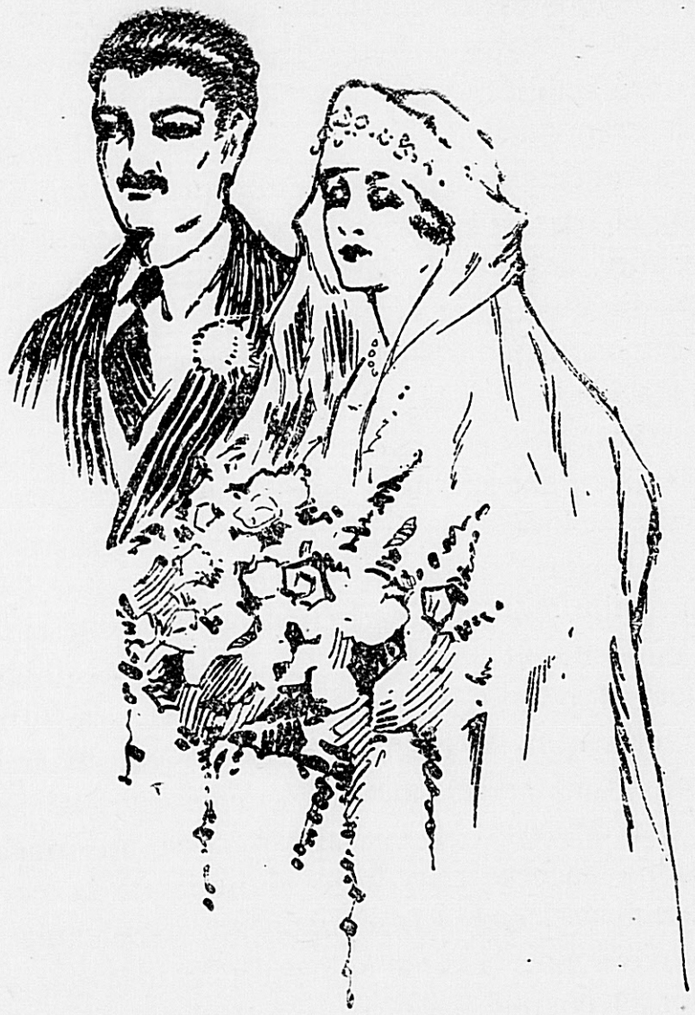
Campoamor, desde luego, porque el lector le haría otra cosa.

El autor, no. El autor tendría miedo a haber de gastar en algodón hidrófilo lo que cobra por escribir la anécdota.

* * *

Lina (diminutivo de Evelina) había contraído matrimonio con el joven C. C. y había recibido mil parabienes por su acertada elección en la suntuosa fiesta con que se celebró la boda. Su marido, en efecto, reunía todas las condiciones que sus amigas hubieran deseado en su futuro. Era un muchacho que sabía hacerse muy bien el nudo de la corbata, que bailaba el *fox admirablemente*, que tenía fama de calavera por haberle pillado su padre varias veces por el corredor de su casa pellizcando a la camarera de su mamá, que sabía jugar al *tennis* y al *baccara*, que sabía hablar dos idiomas y que, como si todo esto no fuese bastante para enamorar a una señorita "bien", además era rico.

Por su parte, el distinguido aristócrata C. C. recibió a miles de docenas las enhorabuenas por su elección acertada. La mujercita, en efecto, no podía reunir más bellas condiciones para hacer feliz a



un pollo "bien". Era delgada, como aconseja la moda; sabía pintarse como los ángeles, que siempre los hemos visto pintados; sabía hablar en voz alta en los conciertos, de modo que no se oyese la música; sabía postular en la Fiesta de la Flor, sabía ponerse un trapito de seda sobre el cuerpo para dar el camelo de que iba vestida; sabía hacer la vista gorda a las visitas que recibía mamá cuando papá no estaba en casa, y como si todo esto fuera poco, también era rica además.

Pero estas condiciones, amigo lector, eran las que todo el mundo conocía. Poseía otras, que sólo eran sabidas de la familia y del novio, porque Lina, muy enterada de las costumbres y opiniones de la buena sociedad, comprendía que debía disimularlas. Y estas condiciones secretas eran ser una buena cristiana, no atreverse a plantar cara a nadie, ser romántica y no haber iniciado su sensualidad con las amigas del colegio ni con los amigos de su madre.

El aristócrata C. C., que conocía estas condiciones de Lina, creyó necesario ocultarlo a sus relaciones para que no le preguntasen si se había casado con una señorita o con una cualquiera. En realidad, la religiosidad, el romanticismo y la timidez son cualidades que cualquiera aristócrata se afrentaría de poseer. Y había que disimularlas, como Lina las disimuló hasta el punto de que nadie que la conociera hubiera dicho que tuviese semejantes defectos de educación.

Digo que se casaron, que la boda se celebró con la pompa requerida por la posición social de ambas familias y que, en seguida de la ceremonia y del banquete, terminado el baile en el que, como es lógico en la aristocracia, la novia bailó con todo el mundo menos con su marido, para dejar disfrutar a los amigos de la última vez que la iban a tener en sus brazos en mucho tiempo y que iban a poder recrearse con la dureza de sus senos y de sus muslos; terminado todo esto, fueron los novios a cambiar sus vestidos por los de viaje, y los invitados a la

boda acompañaron a la estación a la feliz pareja, renovándoles sus plácemes.

La boda—hora es que lo diga—se había celebrado en París, porque nuestros protagonistas eran franceses. Y como en aquellos días no se tenía la menor sospecha de que la tragedia de Servia trascendiese a Rusia, y menos a Alemania, y mucho menos a Francia, el nuevo matrimonio orientó su viaje hacia Alemania y Austria, precisamente.

Nada en los primeros días digno de mención. La primera noche se hizo en Berlín, en un hotel elegante, y pasó lo que el lector puede suponerse sin necesidad de esfuerzos imaginativos. Pasó que el aristócrata C. C. fué muy feliz; que la delicada Lina lo fué también, aunque hubo de soportar la peor parte, y que aquél quedó convencido de que las condiciones que había sabido ocultar su mujercita no le habían privado de llegar al matrimonio con la integridad que en otro tiempo era mirada como lo más sagrado en las solteras.

Si hemos de decir la verdad, apuntaremos la duda que sobre esto había abrigado C. C., aunque no le importase gran cosa. Las clases sociales media y baja tienen por deshonra el hecho de no haberse de esforzar demasiado el marido en la noche primera de la boda. Pero la aristocracia, no. La aristocracia no puede pensar como el pueblo, y permite a sus mujeres que flirteen públicamente con sus amantes y permite a sus vírgenes que se practiquen en toda clase de entretenimientos placenteros, en tal de que no tengan hijos antes de casarse.

El joven C. C., en la primera noche de su boda, pudo convencerse de que su mujercita no había aprovechado el permiso que la gente "bien" concede a sus vírgenes, y hubo de confesarse que el esfuerzo material que le obligó esto le resultó muy agradable, aunque nunca lo hubiera imaginado.

En los aristocráticos casinos que frecuentaba C. C. nunca se había dicho tal cosa. Todos sus amigos, los tenidos por verdaderamente *chics*, hacían una mueca de desprecio cuando se nombraba el asunto. Los hombres elegantes no deben entretenerse en esas cosas, ni perder tiempo en tales obras de inauguración, ni gastar fuerzas en eso. Para abrir las puertas están los criados. Los elegantes no las abren; se sirven de criados para que les ahorren el tiempo y la molestia. Además, una mujer completamente virgen debe ser muy aburrida. No sabe lo que ha de hacer, la manera como debe ayudar, los recursos para estimular los apetitos... Nada, nada; es una cosa muy aburrida. Y por eso, para librarse de los aburrimientos y de la pesadez de haber de actuar de profesor, los aristócratas han inventado a las "medio-vírgenes", que es una clase previamente amaestrada que acompaña muy bien.

Al elegante C. C. le dejaron mareado estas teorías, y aunque con el propósito de no decirlo a nadie, se declaró en la obscuridad de la alcoba que... hubiera lamentado grandemente que su adorada Lina le hubiese ahorrado el tiempo y el esfuerzo que él empleó de muy buena gana en ponerla en condiciones de ayudarle más adelante.

Y a fe que el tiempo no fué poco. Lina, una vez separada de sus amigas, en la intimidad del dormi-

torio parecía otra. Así como en los bailes y teatros no tenía inconveniente en mostrar todos sus encantos, aquí sintió vergüenza de quitarse un trapo delante de su marido y exigió que apagase la luz.

El joven C. C. no se lo esperaba y se alarmó al pronto. ¿Cómo era posible que Lina, que tantas veces le había enseñado las pantorrillas en la calle, y los muslos al sentarse en el palco, y los senos en la playa, no quisiera que se los viese ahora que era su esposo? ¿Cómo era posible que, habiéndole permitido agarrarse de sus caderas bailando y atenazar sus muslos entre los suyos, se negase a que la abrazase ahora que eran casados? No lo comprendía bien; pero empezó a sospechar que hay una moral para la sociedad y otra para estar por casa. Vió que su Lina se había esforzado por aparecer ante la gente tan despreocupada como sus amigas; pero sentía de muy otra manera. Y se alegró, se alegró tanto, que los reparos que ella le iba poniendo excitaban más sus deseos y su amor; los pudores que ella sentía repercutían en sus nervios haciéndoles vibrar. Y cuando, para no sofocarla más, accedió a apagar la luz y fué a su encuentro bajo las sábanas, la castidad con que Lina recibió sus abrazos le hicieron bendecir mil veces su suerte de haber dado con una mujercita recatada y nada viciosa, con la que gozó las delicias de que la mayoría de sus amigos se ven privados.

Lo conceptuaba una suerte, una verdadera suerte que su mujercita fuese así, y se lo dijo con esa sinceridad propia de los realmente enamorados. Se lo dijo entre besos, y ella, en la obscuridad de la alcoba del hotel, le confesó que toda su vida había sido una romántica, que odiaba el vicio, que no se explicaba las perversiones de sus amigas y que en brazos de su maridito sería siempre feliz, muy feliz, mientras no la obligara a imitar a las cocotas, como gustan los hombres "bien".

C. C. estaba tan contento, que no sabía cómo expresárselo a su adorada Lina. Si hasta entonces le había parecido una señorita encantadora, hora la veía como un verdadero ángel, un ángel de pureza merecedor de que le consagrara su vida por entero y le rindiera su alma en absoluto.

Y transcurrieron los primeros días de aquella incomparable luna de miel en la más completa de las felicidades. El encanto de la gran ciudad contribuía a embellecerles los días; las noches las embellecía la delicada espiritualidad de Lina, con sus infinitas exquisiteces de mujer soñadora, sin la menor grosería de vicio, sin asomo de baja carnalidad.

¡Qué encanto el de una mujercita así, tan poco vista hoy en la moderna sociedad! ¡Qué satisfacción la de un marido enamorado, que se encuentra para compañera de su vida a una niña no contaminada de la perversión general, no iniciada en sucias lujurias; una mujercita inocente y casta, cuyo temperamento exquisito repugna los groseros placeres de la sensualidad que hace comparables las personas a los animales! ¡Con qué satisfacción llevaba del brazo a una muchachita tan adorable y con qué orgullo la pasearía por su ciudad, cuando regresaran del viaje de boda y pudiese decir a todo el mundo: "¿Veis a esta mujer, que parece una niña por su

figura, que da la sensación de no ser de carne, sino de porcelana y de seda, tan mimosa, tan delicada y tan espiritual? Pues lo es mucho más por dentro que por fuera, mucho más su alma que su cuerpo."

¡Qué pocas mujeres hay así hoy, y qué pocos hombres pueden sentirse lo felices que se sentía el elegante C. C.!

* * *

Austria había mandado su ultimátum a Servia. Rusia había dicho a Austria que estaba decidida a no consentir que abusase de su fuerza para con el débil. Alemania había hecho saber a Rusia que debía dejar que Austria se entendiese como pudiera con Servia, porque de inmiscuirse Rusia se pondría Alemania al lado de Austria. Y el enredo fué tan inesperado y tan rápido, que cuando la gente se dió cuenta ya asomaban los cañones y ya los trenes circulaban llevando soldados y trayendo heridos.

El distinguido matrimonio C. se hallaba a la sazón en Oswaldbourg, quedando espantados de la situación que se avecinaba, porque ya se decía que los rusos avanzaban hacia allí para invadir la ciudad y pasar a cuchillo a cuantos encontrasen.

¡Los rusos! ¡Los cosacos!... ¡Se acercan los rusos! ¡Vienen los cosacos! ¡Desde la torre de la catedral se les ve a lo lejos!...

La gente, presa del mayor de los pánicos, tomaba los trenes, los autos, los caballos, y huía a todo escape de la ciudad amenazada. En el hotel donde se hospedaba el matrimonio C. sólo se oían voces pidiendo sus equipajes, gritos para llamar a los camareros que no se veían por parte alguna, ruido de coches que se acercaban y marchaban corriendo llevándose a los forasteros. Era la hora del crepúsculo, y entre las sombras del campo se adivinaban las masas de los ejércitos rusos, según decían los que habían subido a las torre más alta de la catedral.

Lina, como correspondía a una damita de su delicadeza, temblaba como la hoja de un árbol y se abrazaba a su marido pidiéndole por Dios que la llevase lejos de allí. Su marido lo deseaba tanto como ella; pero no veía la manera. Los más pusilánimes o más cautos le habían tomado la delantera y no había medio de locomoción para escapar de la ciudad, como no fuera en el patinete que había dejado olvidado el hijo de un viajante catalán.

—No nos alarmemos demasiado—decía el aristócrata C. a su esposa para calmarla—. Los rusos, en el supuesto de que sea verdad que van a invadir la ciudad y que se encuentran tan cerca, no entrarán en Oswaldbourg hasta que se haga de día. Tú no sabes lo terribles que son las guerras por la noche; pero los rusos sí que lo saben y no cometerán la tontería de una invasión entre las sombras, porque cada casa se convierte en un fuerte y de cada balcón y cada terrado les hacen una carnicería espantosa echándoles a la cabeza aunque sólo sea las sillas y las cazuelas. Ya comprenderás que una cazuela, tirada desde la calle a un balcón, haría poco daño al que estuviese asomado; pero siendo arrojada desde arriba, la caída de una cazuela adquiere una fuerza tremenda y se convierte en un proyectil

mortal. No temas, pues. Los rusos, en el caso de entrar, no lo harán hasta mañana. Esta noche podremos dormir con toda tranquilidad, y en cuanto se haga de día prepararemos nuestro equipaje y saldremos hacia Viena, que es una ciudad donde disfrutarás viendo lo bien que se baila el vals.

No sabemos si Lina dió entero crédito al razonamiento del esposo; pero como no había otro remedio, a menos de huir a pie, y el calzado que llevaban en sus maletas era muy poco a propósito para una excursión andando por la carretera, la muchachita espiritual hizo de tripas corazón y se encerró en su dormitorio con su maridito, poniendo una silla detrás de la puerta por si pensaban entrar los rusos, como acostumbraba a hacer en su casa de París cuando volvía de ver una película de apaches.

... Las ocho..., las nueve..., las diez... Nuestra pareja de aristócratas dormía profundamente, cuando fueron despertados por voces de angustia, gritos de dolor, exclamaciones de pasmo y disparos de ametralladoras.

¡Los cosacos!... Todos los razonamientos de C. C. se habían ido al traste. Los rusos no se habían preocupado de que fuera de noche para invadir la ciudad. Estaban allí, seguramente a pocos pasos, tal vez ya en las mismas calles...

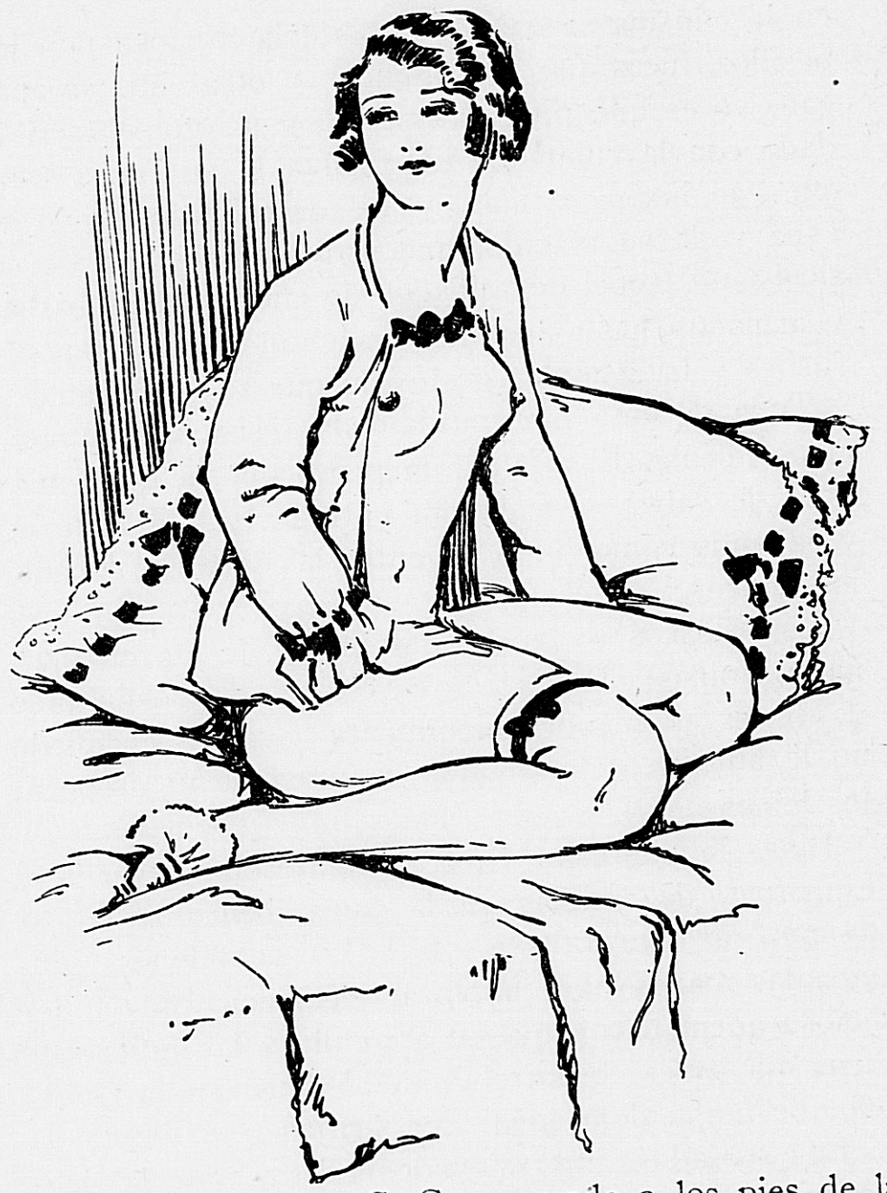
Más voces y gritos; más ruido de gente que corre, de muebles que se arrastran, de ametralladoras que acribillan a los ciudadanos sorprendidos en la vía pública; más exclamaciones de pánico, que aumentaban la confusión de todos y hacían más trágica la desesperada escena, y de pronto... el alboroto en las mismas escaleras del hotel, corridas por los pasillos, luces que se encienden y otras que se apagan, voces que piden auxilio... y un golpe terrible dado con la culata de un fusil a la puerta, y ésta que cae hecha astillas, y los asombrados ojos de Lina y de su marido, que ven a la entrada de su alcoba un tropel de soldados de enmarañadas barbas y armados hasta los dientes apuntándoles con sus fusiles y haciéndoles gestos de que se rindieran.

Toda defensa era inútil; toda resistencia hubiera sido ridícula. El aristócrata pensó que la única manera de salvar la vida era entregarse a discreción, y saliendo como pudo de entre las sábanas, levantó los brazos.

Los cosacos se lanzaron sobre él, le ataron piernas y brazos y le dejaron en el suelo, imposibilitado de hacer el menor movimiento, aunque el miedo no le hubiera dejado tampoco moverse ni despegar los labios.

Lina, la pobrecita Lina, la mujercita delicada y espiritual, de rodillas en la cama, bellísima en su pyjama, al que faltaba, ¡ay!, los pantalones, juntaba las manos para implorar clemencia con el delicioso ademán con que se arrodilla y las junta una nena que antes de dormir pide al Angel de la Guarda que no la deje soñar con brujas.

Los soldados, impresionados tal vez por la delicadeza de aquella muñeca parisién, no se atrevían a poner sus manazas sobre ella. Al fin, la ataron con la misma sábana, enrollándola por sus brazos, y salieron del cuarto para registrar en el de al lado. Pero uno de los cosacos quedó a la puerta, mirando



alternativamente a C. C. amarrado a los pies de la cama, y a la pobrecita Lina arrodillada sobre el colchón, sin pantalones... Y la mirada del cosaco tenía un no sé qué de extraño que ponía la carne de gallina a la infeliz muchacha.

Lina se veía muerta, con todo su cuerpo atravesado por mil balazos, desangrándose por las mil heridas, sin confesor a su lado que le endulzara sus últimos momentos. Y pensó en París, en su familia, a la que ya no vería más, en sus amistades, en los Campos Elíseos, en su boulevard..., y no sollozó porque el miedo le tenía paralizada también la garganta.

En cuanto al elegante C. C., viéndose amarrado en ropas menores, lo primero que debía pensar es en que los cosacos podían haberle dejado vestir para presentarse dignamente a los jefes y exponerles su situación de forastero. El no era austriaco, ni servio, ni ruso, ni alemán. A él no le importaba la guerra, ni tenía predilecciones por ninguno de los bandos. Es más; recordaba que había visto muchas veces en París los bailes rusos y que por este motivo sentía grandes simpatías por los moscovitas. Pero si no le dejaban hablar a los jefes estaban perdidos él y su pobre mujercita. Se veía también acribillado a balazos, sin poder defenderse y exhalando su último suspiro debajo de la cama de un hotel...

Dos horas pasaron en esta situación de mortal angustia. Los gritos que pedían auxilio se habían perdido en el rumor de los soldados que iban de una parte a otra registrando la casa, apoderándose de lo que les convenía, llevándose prisioneros y castigando a los que les oponían algún reparo, sin consejos de guerra, dejándoles secos de un bayonetazo.

Al cabo de esas dos horas se oyeron a la puerta del cuarto que ocupaba el matrimonio C. otros pa-

sos y otras voces y otro rumor distinto. Eran los jefes que llegaban a reconocer la casa ocupada, donde, sabiendo que era hotel para viajeros de calidad, habían resuelto alojarse con mayores comodidades que en una casa cualquiera.

Recorriendo el hotel llegaron a la habitación de nuestros amigos. El elegante C. C., que comprendió su jerarquía por los brillantes entorchados que lucían, pensó que iba a poder salvar su vida y la de su atemorizada mujercita dándoles las explicaciones que hemos dicho. Pero al ir a hablar notó que no podía hacerlo. La boca estaba más seca que un esparto seco, y la lengua se había pegado al paladar y no había manera de hacerla mover.

Los jefes, desde la puerta, lanzaron una mirada al interior, y ya iban a pasar de largo, cuando uno de ellos divisó a la pobre Lina de rodillas sobre la cama, con la chaqueta de pyjama y sin los pantalones...

El que fué sorprendido por la inesperada y graciosa visión dió con el codo a sus compañeros, soltando una carcajada. Los otros jefes se volvieron, y al ver a la infeliz muchacha se echaron a reír también.

C. C., desde su sitio al pie de la cama, sintió un estremecimiento de esperanza. Supuso que cuando reían era porque les había hecho gracia, y no hay nadie en el mundo, por cosaco que sea, que mate a un enemigo que le hace gracia.

Pero la sospecha de C. C. era bien equivocada y su esperanza bien engañosa. Las risas de los oficiales rusos las inspiraba la posición de su mujercita, a la vez ridícula y estimulante, con gesto de aflicción y mostrando sus encantos de cintura abajo. Y—no habría necesidad de decirlo—para aquellos oficiales, que eran hombres como cualquiera y mucho más que algunos, los encantos que mostraba, sin querer, la delicada muchacha eran para sus nervios un acicate natural.

Las risas de los oficiales llegaron hasta el coronel, obligándole a prestar atención a la prisionera. Y el coronel, hombre de recios bigotes y gran corpulencia, que seguramente tendría muy poco más de cincuenta años, bien conservados por la higiene de la vida militar, miró a la pobrecita Lina con ojos relucientes, y dijo a su oficialidad algo que les hizo reír nuevamente, y que nuestros amigos no entendieron porque no sabían una palabra del ruso.

Los soldados habían desaparecido a la llegada de los jefes. Los oficiales, a una seña del coronel, salieron también. Y el coronel, juntando la puerta con discreción que revelaba sus años—porque en plena juventud no le hubiera importado ser visto en la función que iba a ejercer—, se dirigió a la prisionera y comenzó por darle cariñosas palmaditas en las mejillas, sonriéndole con ternura.

Lina se puso roja hasta los cabellos. Hubiera querido pedir al coronel que les perdonase la vida; pero comprendía vagamente que no era su vida la que corría peligro. Hubiera querido pedirle que le permitiera ponerse los pantalones; pero, aunque también vagamente, tenía la sospecha de que precisamente era la falta de sus pantalones la que provocaba la cariñosa sonrisita del coronel, y que si



iba a perdonarle la vida iba a ser a cambio de algo para lo cual los pantalones hubieran estorbado bastante.

Las velludas manos del coronel fueron descendiendo y ahora palmoteaban el blanco nalgatorio de la francesita, tan redondito y tan gracioso, que era una irresistible invitación al azote retozón. Palmotearon sin malicia, dulcemente, como se palmotea a una niñita para acariciarla, aunque las manos se entretenían más de lo que en estos casos se acostumbra y hasta dejaron de palmotear para pasear obstinadamente por sus contornos, pellizcando con delicadeza y realizando lo que en castellano diríamos un sobo o parcheo.

Lina ya no sentía deseo de suplicar por su vida. Bajaba los ojos, sofocada de sentir sobre sus carnes las manazas de aquel militarote, ruborizada de verse desnuda de cintura abajo y objeto de una soba tan poco decente.

—¡Mientras se conforme con pellizcarle el trasero!...—se decía el infortunado marido, que había de presenciar, sin poder moverse, la soba que daban a su adorada mujercita.

Pero las manos del coronel abandonaron pronto la retaguardia para ir a ocupar nuevas posiciones. Es decir, fué una, la derecha, que dió un pequeño rodeo, mientras la izquierda quedaba de centinela en la posición ocupada primeramente. Aquélla, la diestra, se posó bonitamente en el lunar rubio y rizoso que mostraba la prisionera en su regazo, y se abrió paso entre los suaves muslos rosados para hundirse en la flor encendida del pecado original.

Lina sofocó un grito de impresión nerviosa y de vergüenza. El coronel, con una mano en su recatado nido y otra en su lindo trasero, acercó sus labios a la carita de porcelana y le estampó unos cuantos besos ruidosos en las mejillas, en el cuello, en la barbita redonda y en la mismísima boca, menuda y bermeja.

Lina cerró los ojos. A los pies de la cama, su indignado esposo los cerró también. Comprendía que el coronel iba a pasar a un capítulo de extrema gravedad, que no puede verlo un marido que se tenga por digno. Por eso cerró los ojos, compadeciendo con toda su alma enamorada a la pobrecita esposa, que habría de sufrir un agravio tan repugnante para sus sentimientos y tan contrario a su temperamento.

El coronel, con nerviosidad que parecía indicar la prisa que sentía, deshizo el débil nudo de la sábana que sujetaba los brazos de la prisionera; en seguida la tumbó en la cama, y, separándole las columnas inferiores, montó sobre la indefensa prisionera como si montara sobre su yegua de operaciones.

Menos mal que los coroneles no usan fusil; si no, la pobrecita Lina hubiera expirado juntamente de vergüenza y de dolor. Los coroneles usan sólo pistola, y no de gran tamaño. Lo cual, amigo lector, explica que la delicada muchacha pudiese soportar la acometida del jefe moscovita sin deterioro ni grandes molestias.

El coronel descargó su arma hasta agotar las municiones. Lina, que ya no temía por su vida, suspiraba... Y sus suspiros llegaron al pie de la cama, donde estaba amarrado el esposo, haciéndole comprender el sacrificio de ella y la humillación de él.

Cuando el coronel se dió por satisfecho, salió del cuarto, dando un cachetito de despedida en la mejilla de su víctima y sin dignarse saludar al vejado marido.

Inmediatamente entró otro jefe, un comandante al parecer, que también juntó la puerta por dentro y fué rectamente a la prisionera, que no había tenido tiempo de cambiar de actitud y permanecía boca arriba, con los brazos en cruz y las piernas separadas...

El comandante, más joven que su antecesor en la tarea de cobrar el impuesto de guerra, acarició un momento los menudos y duros senos de la prisionera, y rápidamente ocupó sobre ella el puesto que había dejado vacante el coronel.

Afortunadamente, tampoco los comandantes rusos usan fusil ni lanza, sino pistola también, y no muy pesada tampoco. Lina, sin abrir los ojos para no ver su humillación, soportó los abrazos del segundo moscovita, sus besos y sus acometidas, que no cesaron hasta que el hombre notó completamente descargada su arma.

El infortunado marido, que desde su sitio, aunque igualmente con los ojos cerrados, pero con el oído atento, seguía las incidencias de las escenas, contó cinco ataques. ¡Pobrecita esposa!

Pero aquello no había sido nada aún. Detrás del comandante entraron a la vez tres capitanes, demostrando lo celosos que son los moscovitas de su disciplina hasta en las situaciones más íntimas. Se-

guramente un militar no entraría antes que un superior jerárquico. Pero si habían de ir entrando por grados..., ¿qué sucedería cuando llegase el turno a los simples soldados?

Los capitanes alargaron sus zarpas a la prisionera, que hubo de aguantar el escandaloso sobo de seis manos a la vez; de seis manos que sentía por todas partes: por sus senos, por sus caderas, por sus muslos, por sus nalgas, por su flor de pecado... Y continuaba con los párpados caídos, pero con la imaginación y las piernas en alto, preguntándose si aquellos hombres serían capaces de acometerla a un tiempo los tres.

No fué así. Uno de los capitanes, quizá el más joven y seguramente el más fogoso, saltó a la cama y se empotró entre los rosados muslos de la joven, acometiéndola por el mismo sitio donde habían agotado sus municiones el coronel y el comandante, mientras sus compañeros presenciaban la escena riendo y pellizcando a la sufrida prisionera en las partes que dejaba libres el capitán que la martirizaba.

El ataque fué breve. Los dos capitanes que permanecían de espectadores no toleraron que el primero repitiese la tarea que se disponía a reanudar. Al verle resoplar con el espasmo del ataque satisfecho, le arrancaron a viva fuerza del lugar que tan a gusto ocupaba, cuando el arma con que había atacado goteaba todavía. Y fueron inútiles cuantos gruñidos dió para protestar de que no se le permitiera una repris. Los dos compañeros le sacaron en vilo de la cama, y el segundo capitán se encargó de realizar por dos veces seguidas lo que el primero no tuvo tiempo de repetir.

Inmediatamente fué el tercer capitán el que cobró a la infeliz Lina el impuesto de guerra, llevando a cabo su trabajo con mayor rapidez que los anteriores, porque el efecto que le había producido el actuar primero de espectador se tradujo en un desfallecimiento prematuro y totalmente anulador para segundas partes.

Salieron los capitanes. El vejado marido, a quien le helaba la sangre la consideración del tormento que aplicaban a su pobrecita esposa, iba a preguntarle si le habían hecho sufrir mucho, creyendo que el martirio podría darse por acabado con la salida de los capitanes; pero quedó con la boca abierta y la lengua muda al ver que entraba en pelotón un grupo de jóvenes tenientes, atropellándose para llegar más pronto a la cama de la víctima.

¡Pobrecita! ¡Ahora sí que iba a padecer de veras! Si con los jefes había sucedido lo que había sucedido, ¿qué sería con los oficiales, de mucha menos prudencia que los anteriores y de menos años? Con sola la rápida y vergonzosa mirada que les dirigió el marido desde los pies de la cama pudo convencerse de que sus armas eran mucho más temibles que las de los jefes; eran de mayor tamaño, más resistentes con seguridad y con seguridad de más terribles efectos.

¿Para qué describir la escena? Todos a una, entre risas y exclamaciones de alegría, que el marido no entendió porque no había estudiado el ruso, pero que la mujer interpretó a maravilla, porque iban

acompañadas de pellizcos y besos locos, se lanzaron sobre ella como manada de lobos hambrientos. Y la infeliz Lina, que, al sentirse curiosa, se acordó de que era mujer, no pudo evitar el deseo de abrir los ojos para ver la nube que se le venía encima, y... si no hubiera sido una prisionera de guerra, si lo que iban a hacer con ella no fuera un abuso y una humillación, Lina hubiera confesado que en aquel grupo de tenientes no había uno solo al que pudiera calificar de feo ni de antipático.

Los jóvenes, por turno riguroso, fueron depositando besos en las mejillas y en la boca de Lina, que no los encontró tan molestos como los del coronel por el eterno privilegio que para estos juicios tiene la juventud. Hasta se hubiera dicho que los soportaba de buena gana, si esto no fuese ofender la honestidad de la recién casadita. Pero, aunque sólo lo hemos apuntado a título de sospecha, de la misma manera indicaremos que al caer sobre la damita el primer oficial, los brazos de ella, que en las anteriores acometidas habían permanecido inmóviles, ahora se movieron para enlazarse al cuello del teniente. Y cuando éste se incorporó para dejar libre el sitio a otro compañero, los brazos nevados adquirieron mayor movimiento, no limitándose ahora a ceñirse al cuello del oficial que la mancillaba, sino oprimiendo a éste contra su delicado pecho.

Y durante el ataque del tercer oficial fueron las piernas quienes recobraron también la movilidad, enlazándose sobre los riñones del joven.

Y durante el ataque del cuarto teniente también pareció que se animaban las caderas de la pobrecita víctima, balanceándose a un lado y otro, mientras los brazos ceñían al simpático moscovita por el cuello y los muslos le oprimían cruzados sobre él.

Y durante el ataque del teniente número cinco, a la movilidad de brazos, piernas y caderas se unió la de los labios, que (según dijo el militar a sus camaradas), le devolvieron beso por beso con una ternura infinita.

Y durante las acometidas del sexto oficial, a las anteriores movilidades se agregó (también según declaración del que lo experimentó) la de la lengua de la delicada parisina, la cual no pronunció una palabra sola, pero se introdujo entre los labios del teniente, agitándose como loca en la boca del que la escarnecía.

Y durante la faena del séptimo y último joven se le movilizaron a la ingenua Lina también los dientes y las uñas, según explicó el que los sufrió, de tal manera, que mientras con los brazos le oprimía por el cuello, y con los muslos por los riñones, y con las caderas marcaba unas contorsiones tan violentas que llegaban a levantar a la pareja un palmo sobre el colchón, los menudos dientecitos perlerinos se clavaban en los labios del oficial y las uñas pulcras le arañaban en la espalda...

Pero todo esto, nosotros no lo sabemos de cierto, ni el marido, único espectador que podría dar fe, lo supo tampoco. Porque, obstinándose en cerrar los ojos para no ver su deshonra, sólo pudo oír suspiros y quejas, que interpretó como debía interpretar: por quejas y suspiros de dolor y de afrenta.

Hubo ahora una pausa, una pequeña pausa, du-

rante la cual debían acordar los moscovitas el turno en que entrarían en el cuarto de la prisionera (y no nombramos al prisionero, porque los rusos no le tenían en cuenta para nada).

Lina, desmadejada, respirando con fatiga, con unos enormes círculos morados alrededor de sus ojos soñadores, tomó una punta de sábana para enjugarse el sudor que corría por todo su cuerpo.

El marido, con voz levísima, preguntó a su adorada mujercita:

—¿Sufres mucho, monina?

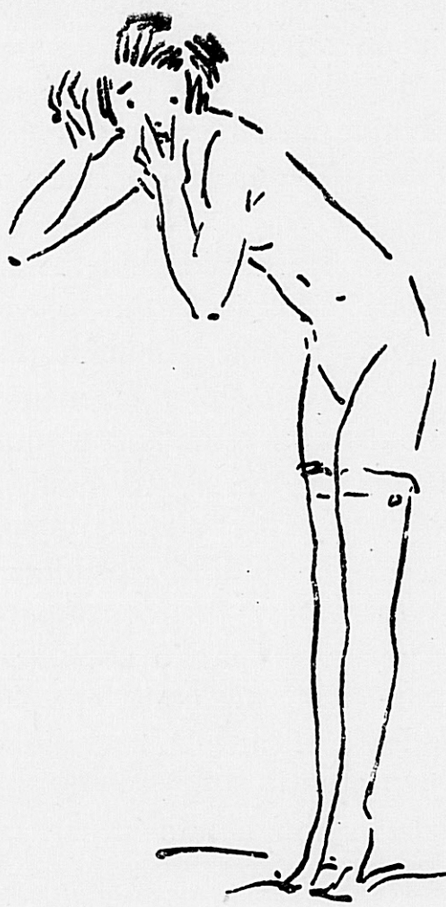
—No, ahora, no,..—contestó ella con un hilillo de voz, jadeante—. Al principio, sí, porque las armas de estos cosacos son tremendas y no se sacian nunca; pero ahora ya me voy acostumbrando y estoy dispuesta a sufrir cuanto quieran con tal de que nos dejen la vida. No padezcas por mí, que aun tengo fuerzas para seguir sacrificándome...

El sargento mayor interrumpió el diálogo. Era un hombretón capaz de erizar la piel a cualquiera: alto como una torre, forzudo como un gladiador y armado tan abundantemente, que helaba la sangre. Pero Lina, a la que pocas mártires podrían comparársele en humildad y resignación, en vez de escupir al verdugo le sonrió, como si le agradara purificar su alma en el tormento.

Aunque tal vez no hubiera sonreído si hubiese sabido lo que la esperaba. Porque el sargento, al verla en la posición en que la dejaron los tenientes, y que no ofrecía duda sobre lo que habían hecho con ella, hizo una mueca de repugnancia, no precisamente por la bella prisionera, sino por las abundantes huellas de pólvora que le veía brillar entre los sonrosados muslos. Y al acercarse a la desgraciada, sin la menor consideración la agarró con sus forzudos brazos y le hizo dar media vuelta, dejándola boca abajo y con sus bellezas posteriores al descubierto.

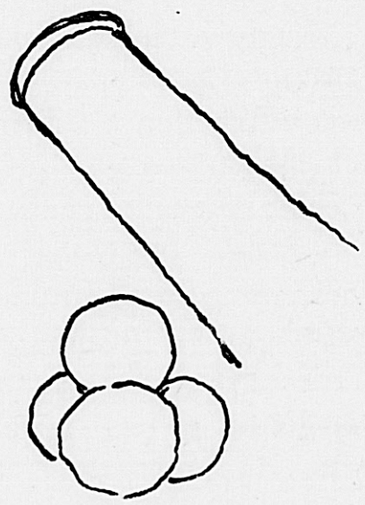
¿Cómo atreverse a protestar? Lina lo hubiera deseado, pero aquel gigantón le inspiraba un miedo horrible, porque con un solo manotazo hubiera podido aplastarla. No dijo nada, no hizo el menor movimiento para impedir la nueva humillación, que esta vez iba a representar la mayor de las mancillas. Dejó que las manazas del barbudo sargento sobajearan y cachetearan sus redonditas posaderas de nieve y rosa, el lindo nalgatorio, de forma perfecta y de dureza de mazapán, y cuando notó que el gigantón saltaba a la cama y la apuntaba con su formidable arma por donde más carne tenía, pidió a todos los santos que le diesen valor y entereza para resistir la dura prueba, y hundiendo la cabeza en la almohada aguantó con decisión...

La formidable arma del sargento era más que desproporcionada para el estrecho lugar donde pretendía introducirse. Todo el empeño que demostraba el cosaco parecía que iba a resultar inútil. Su poderosa arma porfiaba en la pequeña entrada, pretendiendo ensanchar el umbral a viva fuerza...; pero no lo conseguía, y eso que la pobrecita Lina, para que su tormento terminase pronto, hacía cuanto estaba de su parte para facilitar los deseos del sargento, el cual bufaba y jadeaba, besando la mejilla de su víctima, empujando obstinadamente...,



damita, y regándola copiosamente por donde la espalda pierde su honesto nombre.

... Luego otro sargento, que al ver la posición de la prisionera, la acometió por la misma parte. Luego, dos sargentos más, y después, hasta el toque de diana, que llevó a todos los invasores a la plaza mayor de la ciudad, toda la noche, sin minuto de intervalo, sin dejarla descansar, un soldado detrás de otro sucedió en la vil tarea de mancillar a la prisionera... Por cierto que, según dijeron los soldados, porque nada de esto nos atreveríamos a afirmarlo por nuestra parte, la delicada francesita les ayudaba tan eficazmente en la tarea, que a los pocos segundos de comenzar se sentían completamente desarmados.



hasta que la punta de su lanza penetró como cosa de una pulgada en el anhelado reducto, y Lina hubo de morder la almohada para soportar la angustia, mientras el sargento quedaba inmóvil, abrazando estrechamente el delicado cuerpecito de la espiritual

Alguien, no sabemos quién, dió orden a los prisioneros, al siguiente día, de abandonar libremente la ciudad. Y el matrimonio, con los ojos bajos, salió de Oswaldbourg en un auto que pudo comprar pagando diez veces su valor.

Y emprendieron el viaje de regreso a su país, que ya estaba en guerra declarada con Alemania, Rusia y Austria, habiendo de detenerse en la frontera, donde el paso les fué prohibido, mientras no pudieran formalizar su situación.

El infortunado C. C., que no había vuelto a mencionar durante el viaje la trágica noche de Oswaldbourg porque notaba en su adorada mujercita una pena profunda, una tristeza que era indudablemente producida por el recuerdo de sus humillaciones, marchó en busca de las recomendaciones necesarias para que les dejasen pasar la frontera, dejando mientras a la espiritual Lina en la estación limítrofe.

Y cuando volvió con el permiso de salida, en vez de encontrar a su adorada mujercita, encontró un papel que le entregó un empleado y en el que Lina había escrito:

"Perdóname, C. No puedo olvidar *aquella* noche... Me vuelvo a Oswaldbourg."

Y ésta es la anécdota que enseña más psicología femenina que todos los libros habidos.

ALGUNOS DE LOS NUMEROS PUBLICADOS

113 ¡Por fin la condesita...!, por Valentin de la Villa.
114 En un lugar de la Mancha, por Anselmo Castalla.
115 Erreas es un hacha, por Anselmo Castalla.
116 La Antena, por S. Morales.
117 El truco de don Evencio, por Pedro Mora.
118 ¡Loli, no pierdas el tiempo!, por A. S. Carreras.
119 ¡Loli, qué cosas te ocurren!, por A. S. Carreras.
120 La lumbre de la pipa, por Fernando Luque.
121 La nieta de Malasaña, por Anselmo Castalla.
122 La familia de don Sócrates, por Alardo Prats y Beltrán.
123 El haren de Abdul-Kassim, por A. Castalla (extraordinario de 50 céntimos).
124 El diablo tentador, por J. Beguín.
125 La virginidad de Atilano, por Jesús Franco.
126 La Camisa de doña Berenguela, por Ernesto Polo.
127 Un ruso de abrigo, por Anselmo Castalla.
128 Una convalecencia entre tamiia, por Eusebio Martínez Arredondo.
130 ¡Loli, qué cuentos escribes!, por A. Garcia.
131 ¡Loli, se acabó tu historia!, por A. Garcia.
132 Las tentaciones de don Antonio, por Diego Collado.
133 La que enloqueció a las otras, por María Samovia (número extraordinario de 40 céntimos).
134 Las intimidades de Eloisa, por Arsenio Ramos.
135 Solomillo de contrabando, por Anselmo Castalla.
136 La Duquesita de Peralta, por Tomás Ortiz.
137 La Congregación del Indice, por Ernesto Giménez.
138 Los repollos de la Encarna, por Tiburcio Pirando.
139 Así fué la iniciación de Eulalia, por Fabricio del Dongo.
140 La gorda y la flaca, por Anselmo Castalla.
141 La novia de Mari-Lu, por Ricardo Gómez de Osiel.
142 El hijo de la esperanza, por Dionisio Fernández.
143 Especialista de señoras, por J. Beguin.
144 Memorias de una otoñal, por Lola Méndez.
145 Sabrosa conquista (2.ª parte), por Lola Méndez.
146 Cambio de maridos, por J. M. Garcés.
147 Quinito el castigador, por Ricardo Gómez de Osiel.
148 Una chica servicial, por Valentín de la Villa.
149 Yo he sido un Don Juan, por J. de Valdemar.
150 Una cocota "esquirol", por Fernando Pintado.
151 Placeres campestres, por Anselmo Castalla.
152 Bacalao a la vizcaina, por Dionisio Fernández.
153 Una familia modelo, por J. M. Garcés.
154 Una siesta en el granero, por Juan de la Oliva.
155 Una mujer de cuarenta años, por Juan del Turia.
156 Lo que ellas saben lograr, por J. Beguín.
157 Las Memorias de un sofá, por J. de Valdemar.
158 El aprendizaje de la Trini, por Anselmo Castalla.

Se remiten únicamente los números de la lista anterior, previo envío de su importe (25 céntimos por ejemplar en números corrientes) en sellos de correos españoles o Giro postal.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID



El soberbio Almanaque de «La Novela Picaresca» lleva una lujosa portada de Ribas, contraportada de Loygorri y numerosos chistes y dibujos, en el texto, de Mel, Eros y Oximel. Contiene además cuatro novelitas de J. Valdemar y numerosos trabajos de C. Marsey, Valentín de la Villa, Góngora, etc., etc.

EL MAYOR ÉXITO DE ESTE AÑO